

ÁNGEL LEIVA

Del amor y la tierra

SELECTA POESÍA (1967-1973)



Macleín y Parker

PRIMERA EDICIÓN: abril 2017

© **DEL TEXTO:** Ángel Leiva, 2017

© **DEL PRÓLOGO:** Rafael de Cózar Sievert, 1992

© **PORTADA:** *Sin título*, Ángel Leiva, 1975

© **DE LA EDICIÓN:** Macleín y Parker, 2017

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE: Susana Jákfalvi y Cecilia Ojeda (Macleín y Parker)

DISEÑO DE COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Macleín y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-946586-6-2

DEPÓSITO LEGAL: SE-733-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

SUMARIO

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO | 11 |
| PRIMERAS EDICIONES | 21 |
| DEL AMOR Y LA TIERRA | |
| DEL AMOR Y LA TIERRA | 27 |
| LOS CUERPOS GLORIOSOS | 87 |
| EL PASAJERO DE LA LOCURA | 171 |
| LAS EDADES Y LA MUERTE | 255 |
| CENIZAS O SEÑALES | 317 |
| CANTARES I. DEL FUEGO Y LAS CENIZAS | 371 |
| CANTARES II. DEL FUEGO Y LAS CENIZAS | 391 |
| CANTO. EL FIN DE LOS TIEMPOS | 411 |
| ÍNDICE | 419 |

ÁNGEL LEIVA O LA PERSECUCIÓN DE LA MEMORIA

«¿QUÉ COSA es el hombre sino un animal pensante y memorioso que ama, sufre, se peina y desayuna como todo el mundo?»

De este modo respondía Ángel Leiva a una pregunta que le formulé en cierta entrevista publicada en Sevilla en 1975: Ángel Leiva, la memoria de la vivencia convertida en lenguaje, el amor y el dolor, la historia de una aventura de soledad y extrañamiento por parte del ciudadano de todos los exilios, condenado desde siempre a la palabra.

Más de veinte años han transcurrido desde que llegó por primera vez a Cádiz aquel entonces joven poeta Tucumano, de Simoca, estudiante de arte, literatura y periodismo. Escritor y ferroviario en Buenos Aires, poeta arropado por varios premios internacionales de poesía: el Premio Pedro García, de la Sociedad Argentina de Escritores. El Premio Internacional César Vallejo del Perú o el Premio Pablo Neruda de México y tantos otros.

Ya entonces me llamó la atención su concepción de la creación poética: esa raíz que arranca «de la fuerza de la sangre y otras hierbas inherentes al espíritu» y que se

desarrolla en el esfuerzo diario, laboral, de la escritura: pasión convertida en palabra. En el fondo venía a ser la misma propuesta de Baudelaire, el intento de desvelar la naturaleza a través de esas formas que no son sino símbolos de una realidad más profunda, la operación de la poesía como elaboración de una auténtica arquitectura, la construcción de un mundo en el que la vivencia renace sólo a través del trabajo y la corrección permanente, en el dominio, por tanto, del lenguaje.

Esa necesidad permanente de escribir que él siempre confiesa queda así justificada, ya que la realidad, entendida entonces como universo de símbolos, es preciso interpretarla, darle un sentido, para seguir viviendo.

Aquella postura me pareció mucho más moderna y atractiva que la que entiende a la creación poética desde ese plano de cierta «divina» inspiración que «dicta» de forma directa al poeta su escritura.

Desde entonces asumí ese sentido de la creación como indagación inconformista, como aventura y compromiso con el lenguaje, la poesía como búsqueda que se extiende en el proceso de la vida. Y esa es la razón por la que ahora considero fundamental el proceso, la visión de conjunto que puede darnos un libro antológico como el que el lector tiene ante sí.

En definitiva, el poeta moderno no es ya tanto cada uno de sus pasos, cada uno de sus poemas vistos como unidades aisladas, sino, sobre todo, la orgánica cadena que ha ido elaborando en el proceso alquímico de la creación, la construcción hacia delante y sobre las cenizas de las obras precedentes. Todo ello tal vez no sea sino la huella que en Leiva que de los grandes maestros franceses de la modernidad: Rimbaud, Artaud, Mallarmé, Verlaine,

pero también con ese inconfundible acento que procede del Océano y del Sur.

Desde las primeras raíces, perfectamente imbricadas en la tierra como magma profundo que se refleja en sus primeros libros, la poesía de Leiva se desarrolla bajo la sombra del canto y las constantes vitales del entorno, va dibujándose en el proceso hacia un mundo de compromiso con la historia, con el tiempo y con los universales, hasta llegar a la desnudez de la palabra en un libro como *Desarticulaciones*, Obra Abierta ya a la elaboración de un mensaje diverso y plural que permite la participación del lector, la elaboración de su propio mensaje. Tradición y vanguardia se unen así en un acento personal en el que, sin embargo, siempre aflora la experiencia táctil de la vida entendida como lucha, como pasión, con el corazón siempre al borde de la mano.

Así pues la memoria y la vivencia, la tierra y las raíces, la infancia o el hogar materno como símbolos del origen siguen presidiendo la base creativa de Leiva, este peregrino del mundo entre América y Europa, residente en Estados Unidos y Sevilla, profesor en diversas Universidades, con sus talleres literarios a cuestas y su obra, paciente y meticulosamente elaborada desde esa obsesión suya por conservar la identidad cultural en su sentido más puro.

Cuando hace unos años visité a Leiva en New York, aquel encuentro hizo renovar en él la inquietud de la búsqueda, el sueño recuperado del regreso al Sur, la aventura de la vida. Ahora Ángel Leiva vive de nuevo en España, como siempre a medias entre Argentina y Andalucía, entre Chicago y Sevilla, tucumano de Simoca y castellano nuevo a un tiempo, maestro y aprendiz, peregrino siempre fiel a la palabra y los amigos.

Ya en *Del amor y la tierra* se observa esa tensión dramática que aflora retocada por cierta ironía en *Los cuerpos gloriosos* donde tal vez mejor se simboliza la ya citada condición de peregrino de Leiva, en este caso al modo de Dante, para acabar pidiendo, tras la experiencia en «el cielo y el infierno», el retorno a su auténtica nación, a su única patria: el hombre y la tierra. Con ello se nos expresa de forma simbólica una de las constantes del poeta argentino, su rechazo a la evasión de la realidad, a pesar de que esa realidad pueda ser a menudo la fuente directa del dolor.

Balanza de los cuerpos anuncia ya ese sentido táctil y corporal de la vida que desarrolla *El pasajero de la locura*, reencuentro con la tierra a través también de sus símbolos: el puma y el caballo, el cuchillo y la sangre, la ortiga y la culebra, el fuego y el aire, el cóndor de la memoria sobrevolando la infancia, ese espíritu de la naturaleza desvelado entre las sombras que, en *Cenizas y señales* y *Las Edades y la muerte*, las obras con las que obtiene los premios internacionales antes citados, revelan esa ya permanente preocupación por la destrucción del hombre y de la tierra. La memoria no es, en definitiva, sino la constancia de la vida inexorable hacia la muerte, el drama de la existencia.

Estamos en cierto modo ante una posición humanista y filosófica, de ámbito social y universal, pero sostenida y deducida de los elementos cotidianos. Ese esfuerzo de Leiva por integrar lo propio, los aspectos locales y concretos del entorno, con las universales, no es en esencia distinto del modo en que García Lorca, a través de la cultura popular, logra trascender al cosmopolitismo.

La injusticia, la violencia, el ansia, la libertad, el dolor, a medio camino entre Vallejo y Blas de Otero, van confi-

gurando una perspectiva crítica y dramática del mundo, ese mundo deshumanizado por la máquina, carente de espiritualidad que le llevan a un ansia aparente de, en Leiva es sólo momentánea, la mínima perspectiva imprescindible «para curar nuestras heridas» que refleja en los Nuevos Himnos Espirituales.

El pesimismo, la melancolía, el desencanto no son sino productos de la exigencia, del conocimiento de la vida, del criticismo, motores también de la esperanza en un mundo nuevo. «De pie sobre las sombras / manejo este destino / que ni es amargo y tiene / como un sabor a tierra prometida.»

Es ahora cuando *La palabra tensa* y *El fuego de las vísperas* ofrecen ya ciertos síntomas del esfuerzo vital desarrollado hasta el momento, esa madurez que va reconociendo sus refugios en el amor, y ese dolor ya sólo suavizado por la *música de la palabra*, tal vez menos expresivo, pero más profundo.

Así llegamos a *Versión del caos* un nuevo escalón en el proceso del poeta que va condensando poco a poco la «narración», ya desde la urbana experiencia, desde la gran ciudad y, tal vez, en ciertos acentos de la Beat Generation, recreados y actualizados en su propio estilo. Creo que este libro, cuyo título recuerda las referencias de Mallarmé al caos, marca el paso hacia esa experimentación que definió al poeta francés y que inicia en Leiva la búsqueda de esa nueva «poesía abierta» de sus últimos libros. *América nuestra*, *Cantares siempre*, *Éxodos* recogen así ese transcurso del tiempo, esa distancia ahora entre el norte y el sur, entre el hombre rural y el hombre urbano, entre la infancia y la historia transcurrida, inventario del combate de la vida, de la realidad y del sueño, la esperanza en la

vuelta a la tierra por la necesidad de la supervivencia y un profundo amor por el hombre que vive y padece: « (...) vuelvo a escribir al monte, / al pez y las tortugas / con la inocencia sabia / del corazón de un niño».

Tal vez ahora ese niño sea la esperanza en el hijo, Lautaro, como continuidad del ser y prolongación de las propias aspiraciones «sólo te queda el sueño / de aquello que ya no eres (...)», la vuelta al pueblo como heredero de aquella tierra que sabrá reconocerle.

La conclusión es *Desarticulaciones*, conclusión por maduración del sentido esencial del lenguaje, tal vez síntoma también del mismo proceso de la historia que lleva desde las raíces de la épica a los «cuadros de palabras en libertad» de Marinetti, el silencio o el caos de las vanguardias, ese mundo en el que sólo nos salva la palabra, ahora distribuida en el espacio de la página, como una constelación que espera al lector que reconstruya su propio mensaje. Podría decirse que estamos en ese ámbito dramático por el que no queda confianza en la posibilidad del mensaje, esa interiorización que lleva al poeta alquimista del siglo XX al culto a los propios procedimientos, ese «juego» trágico del mensaje vacío de significaciones, lo que es en definitiva significación pura.

Pero desde mi punto de vista esto no es sino la consecuencia natural de esa permanente búsqueda que lleva al escritor moderno como Leiva a cierta posición de pesimismo, lo que le permite una actitud crítica muy característica de la Postmodernidad.

El canto a la tierra de los primeros libros se va convirtiendo así en «cante hondo», en condensación y sugerencia del dolor ya sin la información de la anécdota que la provoca, ya sin el apoyo narrativo de una «historia». Es la

poesía entendida como quejido y como conciencia crítica, como ética, lo que en definitiva aparece como propuesta desde los primeros libros.

Si los primeros libros de Leiva son casi siempre breves, no por ello dejan de ser evidentemente densos, a veces incluso herméticos, expresión de esa complejidad que viene por debajo de la aparente sencillez de la canción.

En el último libro llegamos entonces a la magia de la palabra, como símbolos aparecen en toda su desnudez: cuerpo, estrella, alga, espacio, inocencia, noche y espera, llama, párpado, la memoria siempre y los signos del misterio sobre la página esperando la «articulación» que permita al lector el encuentro consigo mismo, su sus propios mitos, esperanzas y padecimientos.

Sin embargo, *Desarticulaciones* no queda totalmente al lector que conoce el proceso previo, la trayectoria de la poesía de Leiva, pues este libro es síntesis y esencia de lo anterior, nueva conjugación de las mismas «cenizas y señales» de la memoria distribuidas a lo largo de su obra, este mismo Ángel Leiva recién llegado a Cádiz hace ya bastante tiempo, ahora en Sevilla, tal vez sólo un poco más sabio, aún con cierto aire melancólico, pero aferrado con la misma obcecación de siempre a la necesidad de la escritura y con la misma propuesta de los poemas iniciales:

¡Oh, infancia,
 nunca te desanimes,
en un caballo de madera
voy a sacarte del mundo.